

Sin responder nada, fra Giovanni inclinó la cabeza. La alegría se borró de su rostro. Y Lucido, conociendo su pena:

—Hermano—le dijo—, siento mucho que os contristéis por mi culpa.

Y fra Giovanni besó al leproso en la mejilla.

Luego dijo al guardián:

—¿Padre, me permitiréis que viva fuera con este hombre y que compartamos mi comida?

El guardián respondió:

—Haced lo que se os antoje, puesto que os emancipáis de la santa obediencia.

Dijo, y reingresó en la casa.

Ante la puerta del convento había un banco de piedra bajo una higuera. En este banco puso fra Giovanni su escudilla. Y mientras yantaba con el leproso, el guardián abrió la puerta. Y vino á colocarse bajo la higuera diciendo:

—Fra Giovanni, perdonadme si os he ofendido. Vengo á compartir vuestra comida.

VI

LA TENTACIÓN

Satanás tomó asiento en la falda de una colina y observó la casa de los hermanos. Era negro y bello, semejante á un joven egipcio. Y pensó para sus adentros:

—Porque soy el adversario y porque soy el otro, tentaré á estos frailes y les diré lo que calla. El que es su amigo. Y afligiré á estos religiosos diciéndoles la verdad y les contristaré pronunciando cuerdos discursos. Les clavaré el pensamiento como una espada en el costado. Y cuando conozcan la verdad, serán desgraciados. Pues sólo hay alegría en la ilusión y la paz sólo existe en la ignorancia. Y porque soy el maestro de los que estudian la naturaleza de las plantas y de los animales, la virtud de las piedras, el secreto del fuego, el curso de los astros y la influencia de los planetas, los hombres me han llamado el príncipe de las tinieblas. Y me llaman el maligno porque yo construí el cordón con que Ulpiano enderezó

la ley. Y mi reino es de este mundo. Pues bien, yo tentaré á estos monjes, y les demostraré que sus obras son malas, y que el árbol de su caridad produce amargos frutos. Y les tentaré sin odio y sin amor.

Así se habló Satanás. Entre tanto, como las sombras de la noche se prolongaban al pie de las colinas y los techos de las chozas humeaban, el santo hombre Giovanni abandonó el bosque donde había ido á hacer oración y tomó por el camino de Santa María de los Angeles, murmurando:

—Mi casa es la casa de las delicias, porque es la casa de la pobreza.

Y viendo marchar á fra Giovanni, pensó Satán:

—Este es uno de los que yo tentaré.

Y cubriéndose la cabeza con su capa negra, salió por el camino de terebintos al encuentro del santo hombre.

Y se transformó en una viuda enlutada. Cuando se hubo incorporado á fra Giovanni fingió una voz melosa para demandarle limosna, diciendo:

—Dadme una limosna por amor Del que sois amigo é indigno yo de nombrar.

Y fra Giovanni respondió:

—Precisamente llevo una tacita de plata que cierto señor del país me ha dado para fundirla y emplearla en el altar de Santa María de los Angeles. Podéis tomarla, señora; mañana rogaré al

buen señor que me dé otra del mismo peso para la Santa Virgen. Así se cumplirán sus deseos y habréis recibido la limosna por amor de Dios.

Satanás recogió la taza y dijo:

—Buen hermano, permitid á una pobre viuda que bese vuestra mano. La mano que da es dulce y perfumada.

Fra Giovanni respondió:

—Señora, no me beséis la mano. Al contrario, alejáos lo antes posible. Pues se me antoja que tenéis bello rostro, aunque negro como el rey mago que lleva la mirra. Y es conveniente que yo no os vea. Pues todo es peligroso para el solitario. Así, pues, permitidme que os abandone encomendándoos á Dios. Y perdonadme si soy poco galante. Pues el buen San Francisco tenía costumbre de repetir: «La cortesía será el adorno de mis hijos como las flores adornan á las colinas.»

Pero Satanás insistió:

—Padrecito mío, enseñadme al menos una hostería donde honestamente pueda pasar la noche.

Fra Giovanni respondió:

—Id, señora, á la casa de San Damián, donde están las damas pobres de Nuestro Señor. Os recibirá Clara, limpio espejo de pureza, que es la duquesa de la Pobreza.

Y Satanás aún insistió:

—Padre, soy una mujer adúltera que me he ofrecido á muchos hombres.

Y fra Giovanni le dijo:

—Señora, si yo os creyese cargada con los pecados que decís, tendría á gran honra el pedir os permiso de besar vuestros pies, pues yo valgo menos, y vuestros crímenes son leves comparados con los míos. No obstante, se me han otorgado gracias superiores á las vuestras. Pues mientras San Francisco y sus doce discípulos estuvieron en la tierra me fué permitido vivir entre ángeles.

Y Satanás replicó:

—Padre mío, cuando os demandé la limosna en nombre de Aquel que amáis, formulé en mi corazón un mal designio. Y deseo comunicároslo. Voy mendigando por los caminos con manto de viuda para recoger cierta cantidad de dinero que destino á un hombre de Perusa que goza de mi cuerpo, y que se ha comprometido, si recibe ese dinero, en matar por sorpresa á un caballero que odio, pues habiéndome ofrecido á él me ha despreciado. Ahora bien, la suma era insuficiente. Pero el valor de vuestra taza de plata lo ha completado. Y la limosna que me habéis concedido será el precio de su sangre. Habéis vendido á la justicia. Pues el tal caballero es casto, sobrio y piadoso, y por eso mismo le aborrezco. Y sois vos quien causa su muerte. Habéis puesto una pesa de plata en la balanza del crimen.

En oyendo este discurso, lloró el buen fra Giovanni. Y desviándose á un lado, cayó de hinojos

en una zarza punzante, y rogó al Señor diciendo:

—Señor, permite que este crimen no recaiga sobre esta mujer, ni sobre mí, ni sobre ninguna de vuestras criaturas; sino que se humille ante vuestros pies agujereados por los clavos, y sea lavado con vuestra sangre preciosa. Dejad caer sobre mí y sobre mi hermana pecadora una gota de vuestro hisopo y quedaremos purificados y en blancura excederemos á la nieve.

Entre tanto, el adversario se alejó murmurando:

—No he podido tentar á este hombre por su extrema insipiencia.

VII

EL DOCTOR SUTIL

Satán volvió á sentarse en la montaña que, de cara á Viterbo, ríe bajo su corona de olivos. Y pensó:

—Yo tentaré á ese hombre.

Y formuló este propósito en su espíritu, porque había visto á fra Giovanni que, ceñido con un cordel y llevando un saco á la espalda, cruzaba la pradera camino de la población para mendigar su pan, según la regla.

Y Satanás se transfiguró en un santo obispo y descendió á la pradera. Una mitra resplandeciente llevaba en la cabeza, y las piedras de esta mitra despedían verdaderas llamas. Su capa estaba cubierta de figuras bordadas y de estampaciones tales, que ningún artista del mundo las hubiese hecho idénticas.

En ellas estaba representado él mismo, con seda y oro, bajo la apariencia de un San Jorge y de un San Sebastián, y también bajo la forma de la vir-

gen Catalina y de la emperatriz Elena. La hermosura de estos rostros difundía turbación y tristeza. Y la capa era de un maravilloso artífice. Nada tan rico puede encontrarse en el tesoro de las iglesias.

Así, ostentando mitra y capa, y semejante en majestad al San Ambrosio de que Milán se honra, Satanás marchó, sustentado en su báculo, por la pradera florida.

Y, acercándose al santo hombre, le dijo:

—La paz sea con vos.

Pero no dijo qué clase de paz. Y fra Giovanni supuso que era la paz del Señor. Pensó:

—Este obispo que me dirige el saludo de paz, fué sin duda en vida un santo pontífice y un mártir inquebrantable en su constancia. Por eso Jesucristo ha cambiado en manos de su confesor, el báculo de palo por el báculo de oro. Este santo es hoy poderoso en el cielo. Y he aquí que tras su muerte bienaventurada, se pasea por la pradera matizada de flores y bordada con las perlas del rocío.

Así pensó el santo hombre Giovanni, sin experimentar ninguna sorpresa. Y, habiendo saludado á Satán con gran reverencia, le dijo:

—Señor, sois demasiado misericordioso al mostraros á un pobre hombre como yo. Pero esta pradera es tan bella que no puede maravillar si los santos del paraíso se pasean por ella. Matizada

está de flores y bordada con las perlas del rocío, y es una obra amable de Dios.

Y Satanás le dijo:

—No es la pradera, sino tu corazón lo que deseo observar: por hablarte he descendido de la montaña. Durante siglos he discutido grandemente en la Iglesia. En las asambleas de los doctores mi voz resonaba como el trueno; mi pensamiento brillaba como el relámpago. Soy sapientísimo y me llaman el Doctor Sutil. He discutido con los ángeles. Y quiero discutir contigo.

Fra Giovanni respondió:

—¿Cómo un pobrecito podrá discutir con el doctor Sutil? Yo no sé nada, y es tanta mi estupidez, que sólo puedo retener en la cabeza las canciones compuestas en lengua vulgar cuando ayudan á la memoria por medio de la rima, como en: *Permite Jesús, espejo santo—Que mi corazón no conozca el llanto; ó en: Santa María.—Virgen florida.*

Y Satanás respondió:

—Fra Giovanni, las damas de Venecia se entretienen en mostrar su habilidad colocando gran número de piezas de marfil en una caja de cedro, que á simple vista parece demasiado pequeña para contenerlas. Así infundiré yo las ideas en tu cerebro, que antes parecía no poderlas recibir. Y te inspiraré nueva sabiduría. Yo te demostraré que, pensando marchar por el recto camino, tro-

pezas como un beodo, y que diriges el arado sin cuidarte de que los surcos sean paralelos.

Fra Giovanni se humilló, diciendo:

—La verdad es que soy un insensato, y que sólo sé realizar el mal.

Y Satanás le dijo:

—¿Qué piensas de la pobreza?

El santo hombre contestó:

—Creo que es una perla preciosa.

Y replicó Satanás:

—Supones que la pobreza es un gran bien, y sustraes á los pobres parte de ese bien ofreciéndoles una limosna.

Y fra Giovanni meditó y dijo:

—La limosna que les doy se la ofrezco á Nuestro Señor Jesucristo, cuya pobreza no puede amenguarse. Pues ella es infinita, y brota de él como una fuente inextinguible, y él la distribuye entre sus preferidos. Y estos serán siempre pobres, según la promesa del hijo de Dios. Dando á los pobres, nada doy á los hombres, sino á Dios; como los ciudadanos pagan el impuesto al podestá, aunque el impuesto es para la ciudad, que provee á sus necesidades con el dinero que percibe. Y lo que yo doy es para empedrar la ciudad de Dios. Inútil es ser pobre de hecho, si no se es pobre de espíritu. Pues la verdadera pobreza reside en el espíritu. El tosco sayal, el cordón, las sandalias, la alforja y la escudilla de madera sólo

son imágenes recordatorias. La pobreza que amo es espiritual, y yo le digo: «Dama mía», porque es una idea y toda belleza radica en esa idea.

Satanás replicó risueño:

—Fra Giovanni, tus máximas son las de un sabio de Grecia llamado Diógenes, que enseñaba en las Universidades, hacia el tiempo en que guerreaba Alejandro de Macedonia.

Y Satanás prosiguió:

—¿Es cierto que desdeñas los bienes de este mundo?

Y Fra Giovanni repuso:

—Los desdeño.

Y Satanás le dijo:

—Observo que desprecias al mismo tiempo á los hombres laboriosos que, al producirlos, realizan la orden comunicada á tu padre Adán, cuando se le dijo: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Puesto que el trabajo es bueno, bueno es el fruto del trabajo. Sin embargo, tú no trabajas ni te preocupas del trabajo ajeno. Pero recibes limosna lo mismo que la das, despreciando así la ley impuesta á Adán y á sus descendientes por los siglos de los siglos.

—¡Ay!—suspiró el hermano Giovanni—. Estoy cargado de culpas y soy el hombre más desatinado y á la vez más inepto del mundo. No me miréis siquiera, y leed el libro, Nuestro Señor ha dicho: «Los lirios de los campos no trabajan ni hilan».

Satanás elevó entonces la mano como quien discute y se prepara á contar por los dedos sus argumentos. Y dijo:

—Giovanni, lo que se ha escrito en un sentido tú lo traduces en otro, y, al estudiar en tus libros, menos te pareces á un doctor ante su mesa que á un asno ante el pesebre. Voy, pues, á reprenderte como un maestro reprende al discípulo. Se ha dicho que los lirios de los campos no tienen necesidad de hilar, porque son bellos, y la belleza es una virtud. Y también se ha dicho que María no tiene que cuidar de la casa, porque tiene que departir de amor con quien la visita. Pero tú, que no eres bello, ni te instruyes como María en materias de amor, tú arrastras lamentablemente por los caminos una vida ignominiosa.

Giovanni respondió:

—Señor, como un pintor hábil pinta en una estrecha tablita una ciudad entera con sus casas, sus torres y sus muros, así habéis pintado en pocas palabras mi alma y mi rostro con maravillosa exactitud. Y en verdad que soy lo que habéis dicho. Pero si yo observase estrictamente la regla establecida por San Francisco, el ángel del Señor, y practicase la pobreza espiritual, yo sería el lirio de los campos y tendría la gracia de María.

Y Satanás le interrumpió diciendo:

—Pretendes amar á los pobres. Pero prefieres

al rico y á sus riquezas, y adoras á Aquel que posee y distribuye los tesoros.

Y Giovanni respondió:

—El que yo amo posee, no los bienes del cuerpo, sino los del espíritu.

Y Satanás replicó:

—Todos los bienes son de carne y se gustan por la carne. Esto lo ha enseñado Epicuro, y Horacio el satírico lo ha puesto en sus cantos.

Al oír estas palabras, suspiró el santo hombre Giovanni:

—¡Señor, no os entiendo!

Satanás se encogió entonces de hombros, y dijo:

—Mis palabras son exactas y literales, y este hombre no las comprende. Y yo he disputado con Agustín y Jerónimo, con Gregorio y el que han llamado Boca de Oro. Y ellos aún me entendían menos. Los hombres miserables marchan á tientas en las tinieblas, y el Error eleva sobre sus cabezas su disco inmenso. Los sencillos y los sabios son el juguete de la eterna mentira.

Y Satanás dijo todavía al santo hombre Giovanni:

—¿Posees la felicidad? Si la felicidad posees, yo no prevaleceré contra ti. Pues el hombre sólo piensa en el dolor, y sólo medita en la tristeza. Y atormentado de temores y deseos, anhelante, agítase en su lecho y desgarrá su cabezal de

mentiras. ¿Por qué tentar á este hombre? El es feliz.

Pero el hermano Giovanni suspiró:

—Señor, desde que os he oído, soy menos feliz. Y vuestras palabras me conturban.

Al oírle, Satanás arrojó su báculo pastoral, su mitra y su capa. Y apareció desnudo. Y era negro y más hermoso que el más hermoso de los ángeles.

Y sonrió dulcemente, y dijo al santo hombre:

—Tranquilízate, amigo mío. Yo soy el espíritu malo.

VIII

EL CARBÓN ENCENDIDO

Pues bien; el hermano Giovanni era sencillo de corazón y de espíritu, y su lengua estaba anudada: no sabía hablar á los hombres.

Pero un día en que oraba, según era su costumbre, al pie de una vieja encina, un ángel del Señor se le mostró y le saludó diciendo:

—Yo te saludo, pues soy el que visita á los sencillos y anuncia los misterios á las vírgenes.

Y el ángel tenía en su mano un carbón encendido. En los labios del santo depositó el carbón. Y prosiguió diciendo:

—Por este fuego, tus labios perseverarán puros y serán ardientes. Y la quemadura que yo te hago subsistirá. Tu lengua se verá libre y hablarás á los hombres. Pues es necesario que los hombres oigan la palabra de vida y sepan que sólo podrán salvarse por la simplicidad del corazón. Por eso el Señor ha desligado la lengua del simple.

Y el ángel se volvió al cielo. Y el santo hombre

Giovanni se quedó lleno de espanto. Rogó y dijo:
—Dios mío, es tan grande la zozobra de mi corazón, que no siento en los labios la dulzura del fuego que vuestro ángel puso en ellos.

»Queréis castigarme, Señor, cuando me designáis para hablar á los hombres que no podrán entenderme. A todos seré odioso, y vuestros mismos sacerdotes exclamarán: «¡El blasfemo!»

»Pues vuestra razón es contraria á la razón de los hombres. Pero que vuestra voluntad se cumpla.

Y, alzándose del suelo, se encaminó á la ciudad.

IX

LA CASA DE LA INOCENCIA

Aquel día, fra Giovanni salió del convento á la hora matutina en que los pájaros despiertan canoros. Y fué á la ciudad. E iba pensando:

—Voy á la ciudad para mendigar el pan, y para dar pan á los que mendigan; y daré lo que haya recibido, y recibiré lo que haya dado. Porque es bueno el demandar y el recibir por amor de Dios. Y el que recibe es hermano del que da. Y conviene no hacer caso de si se es el uno ó el otro de estos hermanos, porque el dar no es nada, y la caridad lo es todo.

»El que recibe, si tiene caridad, es el igual del que ofrece. Pero el que vende es enemigo del que compra, y el vendedor fuerza al comprador á serle enemigo. Y en esto radica la causa del mal que emponzoña á las ciudades, como el veneno de la serpiente está en su cola. Y es necesario que una señora pise la cola de la serpiente. Esta señora es la Pobreza. Ella ha visitado en su torre al rey Luis de Francia. Pero no se ha mostrado entre los florentinos, porque es casta y no quiere poner

el pie en malos lugares. Y bien, la tienda del cambista es mal sitio. Los banqueros y cambistas cometen los más grandes pecados. Las prostitutas pecan en los cubiles, pero su pecado es más pequeño que el de los banqueros y de cuantos se enriquecen con la banca y los negocios.

»En verdad, los banqueros y los cambistas no entrarán en el reino de los cielos, ni tampoco los panaderos, ni los drogueros, ni los que ejercen el arte de la lana, de que tanto se enorgullece la ciudad de la Flor. Porque otorgan precio al oro y asignan tasa al cambio, erigen ídolos á la faz de los hombres. Y, al decir: «El oro tiene un valor», mienten. Pues el oro es más vil que las hojas secas que el viento de otoño arremolina sonoramente al pie de los terebintos. Y no hay nada tan precioso como el trabajo del hombre, cuando Dios le mira.»

Pues bien; mientras que así meditaba, vió fra Giovanni que la montaña estaba horadada y que algunos hombres extraían piedras. Uno de los canteros estaba acostado en el camino, cubierto con un jirón de sórdida tela; su cuerpo había recibido las mordeduras iracundas del calor y del frío. Los huesos de la espalda y del pecho aparecían como al desnudo entre su carne extenuada. Y una gran desolación fluía de las negras cuencas de sus ojos.

Fra Giovanni se aproximó y le dijo:

—¡La paz sea con vos!
Pero el cantero no respondió nada; ni siquiera volvió la cabeza. Y fra Giovanni, creyendo que no le había oído, insistió:

—¡La paz sea con vos!
Y pronunció las mismas palabras por tercera vez.

Entonces le miró colérico el cantero, y le dijo:
—Sólo cuando me muera gozaré de paz. ¡Márchate, maldita corneja, pues tus saludos me anuncian un bien engañoso! ¡Ve, y grazna á otro más necio que yo! Demasiado sé que la condición del cantero es absolutamente desgraciada, y que su miseria no tiene tregua. Desde la mañana hasta la noche arranco piedras, y como premio de mi trabajo sólo recibo un trozo de pan negro. Y cuando mis brazos sean menos fuertes que las piedras de la montaña, cuando mi cuerpo esté agotado, moriré de hambre.

—Hermano—dijo el santo hombre Giovanni—, no es justo que arranquéis tantas piedras y que recibáis tan poco pan.

El cantero se puso de pie.

—¿Monje, qué ves sobre la colina?

—Hermano, veo los muros de la ciudad.

—¿Y más arriba?

—Veo los techos de las casas que dominan á las murallas.

—¿Y más arriba?

—Las cimas de los pinos, las cúpulas de las iglesias y los campanarios.

—¿Y más arriba aún?

—Veo una torre que domina á las otras. La coronan almenas. Es la torre del podestá.

—Monje, ¿qué ves sobre las almenas de esa torre?

—Hermano mío, sobre las almenas de esa torre sólo veo el cielo.

—Yo—dijo el cantero—veo sobre esa torre una figura aborrecible y gigantesca que blande una maza, y en esa maza veo escrito: INIQUIDAD. Y la Iniquidad surge sobre los ciudadanos, en la torre de los magistrados y de las leyes.

Y fra Giovanni respondió:

—Lo que uno ve, otro no lo ve; aunque es posible que esa figura de que habláis se alce en la torre del podestá, en la ciudad de Viterbo. ¿Pero no hay ningún remedio contra los males de que sufrís, hermano mío? El buen San Francisco ha dejado en la tierra una tal fuente de consolación, que todos los hombres pueden reconfortarse en ella.

Y el cantero habló del siguiente modo:

—Algunos hombres han dicho: «Esta montaña es nuestra.» Y esos hombres son mis amos, y para ellos extraigo la piedra. Y ellos se aprovechan del fruto de mi trabajo.

Fra Giovanni suspiró: